



*¡Silencio,
Quiero Escuchar
Tu Voz!*

Escrita por

Mary Dorado Betancourt

**SILENCIO,
QUIERO
ESCUCHAR
TU VOZ**

Derecho de autor registro #10-1164-44

DEDICATORIA

Con todo mi amor, dedico esta novela a mis queridas hijas, luz e inspiración constante de mi creatividad.

A mi abuela, por inculcar en mí la esencia y dignidad de la mujer.

A mi padre y a mi esposo, compañeros leales en la aventura de creer y luchar por mis sueños.

Y a mi amada madre, cuyo amor maternal resuena como eco eterno en cada línea de esta obra.

Basada en historias reales.

“Te observo con una impotencia desgarradora, débil y doblegado por la ilusión devoradora que consume tus heridas. Comprendo que esta adicción desenfrenada es muy difícil de vencer. Cada recaída es una batalla contra los fantasmas de tu propia mente. pero verte así, postrado e inmóvil, esperando que la droga no te destruya, me hace sentir que tu rendición será eterna. Aquella cruel provocación será una herida para siempre”.

LA PUERTA DEL FINAL

El auto giró a la derecha y se detuvo ante el semáforo en rojo, justo en la esquina de la plazoleta central. Vi a Matías bajar apresuradamente y perderse entre las calles, intentando evadirnos. Juan Andrés y yo decidimos seguirlo, separándonos para acorralarlo.

Corrí sin darme cuenta de las peligrosas calles en las que me adentraba, casi sin rumbo, apenas iluminadas por una bombilla solitaria. Las calles desiertas y frías, quizás por la noche o por mi urgencia de encontrar a Matías, solo dejaban oír el eco de mis pasos. El silencio era tan espeso que escuchaba mi respiración agitada y los latidos acelerados de mi corazón.

Dos cuadras más adelante, en medio de la oscuridad, percibí una extraña algarabía: sombras borrosas, risas vacías y palabras inconexas. Al acercarme, distinguí a dos figuras harapientas, un hombre y una mujer de palidez casi fantasmal. Me acerqué para preguntar por Matías.

El hombre soltó una carcajada al oír mi pregunta, mientras la mujer, con una mirada extrañamente dulce, señaló una casa en ruinas. Su fachada deteriorada parecía guardar secretos oscuros. Apenas unos débiles rayos de luz se filtraban entre las tablas que cubrían las ventanas.

Me dirigí hacia ella, sintiendo un escalofrío recorrerme la piel. La sola idea de entrar resultaba inquietante.

Antes de cruzar el umbral intenté escuchar, pero solo encontré un silencio pesado. Respiré hondo y llamé tres veces. La puerta se abrió con un chirrido escalofriante. Un hombre bajo y corpulento apareció en la entrada.

—¿Eres nueva? —preguntó.

Dudé, sin saber qué responder. Sin embargo, el tipo me empujó hacia adentro con brusquedad, asegurándose de que estuviera sola.

—Así son las cosas —dijo—. A este lugar nunca has entrado... ¿Estamos?

—Estamos —respondí.

Un olor nauseabundo y una bruma húmeda impregnaban el ambiente. Solo había una escalera que se perdía en la oscuridad del piso superior.

—¡Vamos! —ordenó el hombre.

Sentí el corazón desbocado. Me estaba metiendo en un grave problema, otra vez al límite, como siempre sucedía con la mala influencia de Matías.

Al llegar al segundo piso distinguí figuras tiradas en el suelo, envueltas en humo. La habitación estaba saturada por el olor a marihuana.

—¡Qué ingenua fui! —pensé, sintiendo que cada escalón me alejaba más de cualquier salida.

—¡Por aquí! —la voz áspera del hombre me condujo hasta otro joven, de complexión delgada, con ojos hundidos que parecían absorber la poca luz. Se escondía tras un escritorio. A su lado, la figura de Matías me paralizó.

Contuve la rabia como quien guarda un secreto que arde. Quise gritarle, reclamarle su distancia, su forma de desaparecer incluso cuando estaba frente a mí. Pero no era el momento.

—¿Y qué desea comprar la princesa? —preguntó el joven, con una sonrisa cargada de ironía.

—Heroína —respondí.

Respondí, y la palabra quedó suspendida en el aire, vibrando con el eco de la adicción de Matías. Apenas la pronuncié, sentí que algo se quebraba dentro de mí.

Una punzada de lucidez me atravesó como un relámpago. Era una idea terrible.

Qué estúpida soy, me recliné en silencio. La sola imagen de una aguja sucia abriéndose paso en mi piel me llenó de repulsión... y de miedo. No era solo el horror físico lo que me estremecía, sino la sombra en la que él llevaba tanto tiempo perdido, esa oscuridad que amenazaba con arrastrarme también.

—¿Qué haces aquí? —Matías se acercó y tomó mis manos como si temiera que me desvaneciera.

—¿Se conocen? —interrumpió el joven.

—¿Trajiste dinero? Necesito comprar... solo un poco —susurró Matías, con esa

urgencia que ya no era deseo, sino necesidad.

Lo miré fijamente. En sus ojos aún vivía el hombre del que me enamoré. Solté sus manos con cuidado.

—El celular. Dame el celular.

—No lo tengo. Y jamás te lo daría —respondió, casi suplicante.

El joven arrojó una pequeña bolsa hacia él.

—Podemos negociar.

—Lo que sea —dijo Matías, sin pensar.

Sentí que el aire se volvía más pesado.

—La princesa se queda. Tú te vas.

Un escalofrío me recorrió cuando el joven rozó mi mejilla. Antes de que pudiera reaccionar, Matías dio un paso al frente.

—¡Ni lo sueñes!

—Te ofrezco dos bolsas...

—¡No te atrevas! —su voz ya no temblaba; ardía.

—Propongo un trío entonces... —insistió el joven con una sonrisa torcida.

—Ella se va —sentenció Matías—. Esto es entre tú y yo.

En ese instante, voces alteradas subieron desde abajo. Juan Andrés apareció en la puerta.

—¿Tú, aquí? —preguntó, sorprendido al verme.

El joven jugueteaba con un cuchillo oxidado, como si disfrutara del miedo ajeno.

—Necesito mi pago. Aquí la tarifa se aplica, consuman o no.

—Solo tengo este reloj —dijo Juan Andrés, entregándolo.

—Lo acepto... pero la chica se queda como garantía.

—Es un Rolex. Vale mucho más que eso.

—El reloj y la chica. Más tres sobres.

—El reloj... y nos vamos.

—¡Entonces lárguense!

El silencio se volvió insoportable.

—Yo me quedo —dijo Matías.

Y en su voz, por primera vez en mucho tiempo, no había ansiedad ni desesperación... solo amor.

El joven hizo una seña casi imperceptible, y de la oscuridad emergieron cuatro sombras que nos empujaron sin palabras hacia la salida.

Afuera, lo único que quería era correr. Sentir el aire frío limpiándome los pulmones, el golpe firme de mi corazón contra el pecho, la certeza brutal de que seguía viva.

Dos cuerdas después, Juan Andrés se detuvo en seco.

—¡Basta! —gritó—. No voy a seguir corriendo detrás de ti.

Me volví hacia Matías. La rabia y el miedo me quemaban por dentro.

—¿Por qué tuviste que venir a ese lugar?... ¿Por qué?

Las lágrimas me cerraron la garganta. Apenas podía respirar.

—Yo no quiero esto para mi vida... —susurré, con la voz rota—. Olvídate de lo nuestro.

Matías me abrazó con una desesperación que me partió el alma.

—No me dejes... por favor —suplicó, aferrándose como si yo fuera su última orilla.

Y entonces, de pronto, sus fuerzas cedieron.

Cayó a mis pies.

Su cuerpo comenzó a sacudirse violentamente, atrapado en convulsiones

incontrolables, como si algo invisible lo estuviera arrancando des

SILENCE DE BEETHOVEN

Existe una línea delgada entre luchar por los sueños y caer en la rigidez del control obsesivo. Yo siempre fui de las tercas que no se rinden hasta alcanzar aquello que anhelan.

Desde niña, la música se convirtió en mi refugio, en el portal hacia una vida distinta. Ese sueño comenzó a tomar forma gracias a mi abuelo, mi faro en medio de la incertidumbre, quien me llevó hasta la mejor academia de arte de la ciudad. Años después gané una beca. Fue un triunfo inmenso. Sin embargo, jamás imaginé los laberintos emocionales que me aguardaban en ese camino hacia el éxito.

La academia no fue sencilla. Mi ropa —tejida con amor por mi abuela en crochet, sacos ajustados de colores estridentes— se convirtió en motivo constante de burlas. Intentar parecerme a los demás era una batalla perdida, sobre todo cuando vivíamos apenas con la modesta pensión de mi abuelo.

Confieso que muchas noches sentí envidia de la vida cómoda de aquellos jóvenes privilegiados. Mis cobijas guardaban lágrimas silenciosas y oraciones susurradas pidiendo una mejor situación económica. Esa plegaria nunca se cumplió. Pero el cielo me concedió algo distinto: la destreza de mis dedos sobre el piano, capaces de superar incluso a muchos de quienes parecían tenerlo todo.

Juan Andrés y Matías eran presencias habituales en los pasillos de la academia. Con el tiempo se volvieron parte esencial de mi adolescencia, cómplices de risas, confidencias y silencios compartidos.

Matías, mi confidente predilecto, despertaba siempre la curiosidad de Juan Andrés, que nunca comprendió por qué lo elegía a él. Era algo instintivo, imposible de explicar. Matías fue el niño que me defendió cuando otros se burlaban, con una nobleza que no suele habitar en los nueve años.

Todo comenzó una tarde cualquiera, mientras esperaba a mi abuelo.

—¿Eres nueva en la academia? —preguntó una voz que interrumpió mis pensamientos.

Lo miré sorprendida. Que alguien como él se acercara a mí parecía casi un milagro.

—Soy Matías —dijo con una sonrisa tímida.

—Tayiana —respondí apenas, en un susurro.

—Dayana... qué nombre tan bonito.

—No, Tayiana... la diosa del amor. Ta-yi-a-na —aclaré, marcando cada sílaba—. Mi mamá lo escuchó en una comunidad lejana, en uno de sus viajes.

—Tayiana. Lo recordaré —prometió con solemnidad infantil.

—Puedes decirme Tayi, como mis amigos.

—Tayi... ¿tu mamá es azafata? —preguntó con curiosidad.

Por un instante pensé en inventar una versión más sencilla de mi historia. Pero recordé las palabras de mi abuela: *la verdad siempre libera*.

—Es más bien una aventurera incansable —respondí.

La curiosidad brilló en sus ojos, así que cambié de tema. Hablar de mi madre removía emociones demasiado hondas.

—¿Vienes todos los días a la academia?

—Solo los lunes. Los martes tengo natación, miércoles y viernes mandarín, jueves inglés y sábados tenis.

—¡Ufff!... ¿Y cuál te gusta más?

—Que no se entere nadie, pero la música no es lo mío —confesó con picardía.

—¿Entonces natación?

—Para nada.

—¿Inglés?

—Menos.

—¿Tenis?

—Tampoco... Mamá dice que en lo único que realmente destaco es en manipular a la gente —sonrió, aunque en sus ojos asomó una tristeza que no correspondía a

su edad.

—¿Tu mamá te exige demasiado?

No respondió. El silencio habló por él.

Ese día comprendí que Matías cargaba un peso invisible: la presión de no poder ser simplemente un niño. A mi lado parecía encontrar un pequeño refugio. Escuchaba las historias de mis abuelos como si fueran tesoros y, en ellas, descubría el calor de una familia que, quizá, siempre había anhelado.

Cada lunes, antes de despedirse, me pedía que tocara un fragmento de la sonata *Silence* de Beethoven, la melodía que mis dedos habían aprendido con disciplina y amor.

—¡Serás la mejor! —me repetía, con una fe que nunca vaciló.

Jamás supe cómo agradecerle esas palabras. Con el tiempo entendí que su voz fue el impulso secreto detrás de mi ambición: la melodía silenciosa que, incluso ahora, sigue empujándome a luchar por mi sueño.

EI PUNTO DE QUIEBRE.

¿Casualidad o un hilo invisible tejido por el destino? Todo parecía conspirar para unir mi camino al de Matías: el tiempo que compartíamos, el día de nuestro nacimiento, los lugares que frecuentábamos, incluso ese egoísta anhelo infantil de encontrar la clave de la felicidad en los ojos del otro. Juntos, durante nuestra infancia, nos esforzamos por destacar, por dejar una huella, por alcanzar una perfección esquiva, sin comprender que, en la cruda realidad de este mundo, el punto de quiebre a menudo llega sin anunciarse.

Recuerdo aquel viernes, el último día de clases que marcaba el inicio de las vacaciones, un día doblemente significativo por ser nuestro cumpleaños. Mi abuela, fiel a su tradición, celebró con una torta de naranja, globos festivos y el inevitable regalo: un saco tejido a crochet. Esta vez, sin embargo, el diseño monocromático y el corte menos ceñido me sorprendieron gratamente; quizás había notado la pila de sacos anteriores que había desterrado al interior de los almohadones.

Matías era un invitado constante en estas celebraciones; su familia, finalmente, había cedido ante nuestra amistad, viendo una mejora tangible en sus calificaciones y comportamiento desde que nos conocimos. Aunque, debo admitirlo, Matías tenía una habilidad especial para eclipsarme en mis propios festejos, acaparando las fotos, devorando mi torta con entusiasmo o bailando con mi abuela hasta el cansancio.

Al caer la noche, la tradición se invertía, y celebrábamos su cumpleaños. Un tácito acuerdo entre su madre y mi abuela dictaba que su presencia dependía de la mía. Año tras año, el lujo se convertía en el anfitrión invisible, con fiestas deslumbrantes en parques temáticos, cines privados, fincas extensas o playas de arena blanca. La abuela, con su habitual cautela, solo me permitió participar en estos fastuosos eventos después de cumplir los diez años, exigiéndome a cambio un relato diario de cada detalle.

En contraste con la alegría de otros años, sus doces cumpleaños se tiñó de extrañeza. El viaje en avión a una playa privada marcó un punto de inflexión. Los niños que viajamos, incluido Juan Andrés, ya no éramos los mismos. Las niñas se

habían transformado en adolescentes, algunas desinhibidas y alocadas, otras, como yo, aún tímidas y observadoras. Los chicos habían abandonado los juegos en la arena, perdidos en los videojuegos.

El tiempo, el espacio, las circunstancias e incluso nuestros cuerpos habían evolucionado, sumergiéndonos en un torbellino de nuevas emociones y una realidad desconocida. Reintegrarme al círculo de las chicas resultó arduo; nuestros intereses se habían dividido, y las diferencias sociales comenzaron a levantar muros invisibles, erosionando los lazos que aún me unían a algunas de ellas. Matías también había cambiado, envuelto en una aura de ausencia, distante y pensativo, hasta el punto de que apenas intercambiamos palabras tras el aterrizaje. El ritual de cantar y partir la torta se sintió vacío, carente de entusiasmo.

Después de una cena silenciosa, algunas chicas buscamos refugio en el sueño temprano. En la cama, el insomnio me asaltó, atormentada por la sofocante atmósfera del lugar, el calor pegajoso y el zumbido constante del aire acondicionado, pero sobre todo, por la punzante necesidad de sentir mis dedos sobre las teclas del piano. En la quietud de la madrugada, abandoné la habitación, descendí las escaleras y me dirigí al salón de juegos, encontrándome con Juan Andrés, cuyo rostro contraído por la furia se reflejaba en las teclas del piano mientras interpretaba una melodía disonante.

—¿Te pasa algo? —mi voz apenas un susurro en la penumbra.

Juan Andrés permaneció distraído en su caótica melodía, un torrente de notas desafinadas y estridentes. Su rostro, descompuesto por una angustia palpable, sus gestos inestables, y un olor emanaba de él, sus pupilas dilatadas... todo gritaba que algo terrible había sucedido.

—¿Qué te ocurre? —insistí, la preocupación atravesó mi pecho.

—¡Déjame en paz! —su grito resonó en el silencio de la noche.

Un escalofrío helado recorrió mis venas, una premonición sombría. Días antes, Matías, Juan y otros amigos se habían sumergido en el oscuro abismo de las drogas. Intenté sonsacar alguna explicación, pero al darme cuenta de la inutilidad de mis preguntas, corrí desesperada en busca de Matías, rastreándolo por cada rincón de la casa: su habitación, la sala de juegos.

Finalmente, con una punzada de desesperación, caminé hasta la playa. Allí lo

encontré tendido sobre la arena, con la mirada extraviada en la inmensidad del firmamento, como si buscara en las estrellas un lugar donde esconderse. El murmullo del mar parecía arrullarlo en su delirio.

Me senté a su lado sin decir nada. La brisa nocturna rozaba su piel y movía su cabello con una ternura que la vida ya no le concedía.

—¿Qué pasa? —pregunté en voz baja, alzando también la vista hacia el cielo, como si la bóveda estrellada pudiera ofrecernos alguna respuesta.

—Déjame solo —susurró; su voz era apenas suspendido en el aire—. Estoy volando... por el cielo.

Sentí que el corazón se me encogía.

—¿Y ahora de dónde sacaste droga? —la pregunta salió más dura de lo que pretendía, afilada por el miedo.

—Mamá.

—Mentiroso.

Giró el rostro hacia mí. En sus ojos brillaba un fulgor extraño, una mezcla de euforia y tristeza.

—Debes creerme. Por fin volaré tan alto como ella siempre quiso —dijo con una sonrisa lánguida—. ¿Por qué no lo intentas? Quizás así tú también logres olvidar tus propias desgracias.

Lo miré con una tristeza infinita. Sus palabras eran un puñal delicado, pero también una tentación peligrosa. La promesa de una cura, de una tregua al dolor que me habitaba, ejercía una fascinación oscura, casi hipnótica.

—¿Es tan efectivo como dices? —pregunté al fin, sintiendo cómo la esperanza luchaba contra la razón.

Sus labios se curvaron apenas.

—Lo es... ni siquiera puedes imaginarlo.

Y por un instante, el cielo pareció inclinarse peligrosamente sobre nosotros.

Matías extrajo de su bolsillo una pequeña pastilla de un rosa inquietante y la depositó en la palma de mi mano. La observé con detenimiento, analizando su brillo artificial, su textura extraña, casi engañosamente inocente.

Mientras la sostenía, la rabia hacia mi madre volvió a encenderse en mi interior como una brasa que jamás termina de apagarse. La odiaba por haberme dejado al cuidado de mis abuelos, por su eterna huida de responsabilidades, por su egoísmo frío, por su vida vacía de afecto. La odiaba por su ausencia punzante, por su cobardía disfrazada de libertad, por su indiferencia.

La odiaba por haber sido la sombra que oscureció mi infancia, por negarme el amor incondicional que una madre debería ofrecer cuando más se necesit

Matías me observaba con impaciencia.

—¡Hazlo! —insistió, con una urgencia que parecía temer al silencio.

Tomé la pastilla entre mis dedos temblorosos y la acerqué a mis labios. Una oleada de calor recorrió mi piel al recordar la reciente muerte de mi abuelo. Su abatimiento silencioso, su corazón vencido por la desilusión al descubrir que su única hija —la mujer que había amado con devoción absoluta— se había convertido en un espectro atrapado por la droga.

Recordé a mi abuela, frágil a sus ochenta años, encontrando fuerzas imposibles para seguir criándome. Comprendí, en ese instante, que si cedía a esa tentación traicionaría sus luchas, su sacrificio, su amor silencioso.

Aquella maldita sustancia no era solo una droga. Era una herencia envenenada, una maldición generacional que parecía destinada a arrastrarnos a todos hacia un abismo sin fondo.

—No puedo... no debo —logré articular, antes de escupir la pastilla con un estremecimiento de asco.

—Eres idiota... ¿acaso sabes lo que cuesta cada una? —la indignación deformó el rostro de Matías mientras buscaba desesperadamente los restos en la arena.

Una necesidad imperiosa de huir me invadió. No sé si los muertos pueden velar por los vivos, pero esa noche sentí la presencia protectora de mi abuelo guiándome lejos del infierno.

Para Matías, en cambio, el descenso no tuvo retorno. Continuó buscando consuelo en esos “vuelos al infinito”, como los llamaba, evadiendo la realidad que lo desgarraba.

Decidí marcar distancia. Sin embargo, cuanto más intentaba alejarme, más el destino parecía empeñado en cruzarnos. Coincidíamos en los pasillos de la academia, en ceremonias solemnes, en las fiestas ostentosas de aquellas familias adineradas que me contrataban para tocar el piano.

La etiqueta social me impedía compartir su mesa; mi presencia se limitaba a la música. Aun así, Matías siempre encontraba la forma de invitarme a bailar o de asegurarse de que mi abuela y yo tuviéramos un plato de comida.

En medio de celebraciones sobrias y aburridas, creábamos nuestros propios instantes de complicidad. Aprendimos lengua de señas para burlarnos discretamente de los atuendos extravagantes de los invitados o nos refugiábamos en rincones apartados para compartir secretos.

Pero al cumplir catorce años, algo cambió.

Matías comenzó a ausentarse. Su estado anímico se ensombreció. Ya no me buscaba en la academia y, cuando lo hacía, sus palabras oscilaban entre una dulzura excesiva y una euforia inquietante, seguidas de una agresividad inexplicable. Era como si dentro de él convivieran múltiples versiones que yo nunca lograba comprender.

El día de nuestro decimosexto cumpleaños llegó a casa de mi abuela como un espectro. Pálido. Distante. No probó la torta ni quiso aparecer en las fotos familiares. Su regalo —una loción envuelta en papel de periódico— me alarmó; Matías siempre había sido un hombre de detalles.

Esa misma noche, en la cena que su madre organizó para celebrar, su silla permaneció vacía.

Lo esperamos durante horas. Llamadas insistentes. Mensajes sin respuesta. Silencio.

Dos días después, la noticia nos heló la sangre: Matías había desaparecido.

Y se había llevado consigo a Juan Andrés.

Cuatro meses después, encontraron a Juan en los márgenes de la ciudad, reducido a una sombra de sí mismo, consumido por la desolación de la adicción. Sus ojos, antes llenos de vida, parecían haber olvidado cómo sostener la luz.

Fue entonces cuando la verdad, cruel e inevitable, salió a la superficie: ambos habían cruzado el punto de no retorno. Ya no se trataba de rebeldía ni de extravíos pasajeros, sino de una caída profunda, silenciosa, devastadora.

Un par de semanas más tarde hallaron a Matías. No hubo dramatismo en el anuncio, solo un silencio denso que lo dijo todo. Los obligaron a ingresar en un centro de rehabilitación de la ciudad, como último intento por arrancarlos de ese abismo que amenazaba con tragárselos para siempre.

Pero incluso en medio de la esperanza médica y los protocolos estrictos, yo no podía dejar de preguntarme si el verdadero rescate aún era posible... o si ya se habían perdido demasiado lejos.

¿LO VOLVEMOS A INTENTAR?

Por aquellos días, Matías era un nudo de tensión para todos. Navegaba en un mar turbio de confusión y miedo; la soledad del proceso de rehabilitación lo carcomía lentamente. Se aferraba a mí con desesperación, como si en mi presencia pudiera encontrar el eslabón perdido que lo rescatara del abismo. Cada tarde exigía mi visita con una ansiedad que me desgastaba.

Yo, por mi parte, vivía una dualidad agotadora. Mi vida había dado un giro inesperado: a las presentaciones en celebraciones privadas se sumó mi ingreso a una orquesta sinfónica, un compromiso que implicaba ensayos rigurosos y viajes constantes. Todo era una cuerda tensa, y yo intentaba mantener el equilibrio sin caer.

Mis maestros exigían una perfección implacable. Mi abuela me pedía concentrarme en los estudios. Y Matías, incluso en silencio, me suplicaba que no lo abandonara.

Mi rutina se convirtió en una carrera contra el reloj: desayuno apresurado, colegio, un almuerzo fugaz, academia de música, la visita obligada a la clínica y, al final del día, libros abiertos hasta que el sueño me vencía. Cada trayecto tomaba una hora, más veinte minutos a pie hasta aquel edificio gris que parecía estar cada vez más lejos del mundo.

Al final de cada periodo académico, cuando los exámenes finales lo absorbían todo, la situación se volvía insostenible. No siempre podía visitarlo. Y la culpa me perseguía.

Una tarde sofocante, apenas logré beber un jugo y comer una fruta antes de salir. La rutina comenzaba a asfixiarme. Llevaba días sin ver a Matías, y la idea de su soledad me punzaba el pecho.

—¿Llevas días sin venir? —me reprochó apenas me vio.

Su voz era un eco de angustia. Estaba al borde del abismo. Sus pupilas aún reflejaban la huella de la droga; su cuerpo, demacrado y pálido, parecía el de un espectro. Era evidente que la rehabilitación no estaba dando frutos.

—Te veo pálida —añadió con debilidad.

—Apenas pude beber algo antes de venir... ¿puedes llevarme a la cafetería? El hambre me devora —supliqué, más por agotamiento que por apetito.

Caminó torpemente y lo seguí. Giró a la derecha, luego a la izquierda, perdido en su propio laberinto mental. Finalmente tuve que preguntar a otro interno por la dirección correcta.

Compramos unos sándwiches y nos sentamos cerca de Juan Andrés, que conversaba animadamente con una chica.

—Hola, Tayi, soy Emilia —dijo ella con una sonrisa tensa—. ¿Me recuerdas de la academia? Fui la primera novia de Matías.

La miré con atención, intentando rescatar de mi memoria el rostro infantil que alguna vez lo había enamorado. Pero no quedaba rastro de aquella niña luminosa.

—Claro... creo —murmuré, insegura.

—Este idiota destrozó mis sentimientos —añadió, lanzando la acusación al aire con amargura contenida.

—¿De verdad tienes tanta hambre? —preguntó Juan Andrés al verme devorar cada bocado.

—La música la va a matar —dijo Matías en tono sombrío, como si presintiera un destino inevitable.

Sonreí con melancolía.

—Si es así, moriré con mis dedos sobre el piano. Es mi adicción... una conexión indescriptible entre mis manos y la melodía. La música dice lo que yo no puedo.

—Si la música es una adicción, para mí lo es el amor —intervino Emilia, con un dejo de resentimiento.

—Bah... —replicó Matías con desdén.

—Ni la música ni el amor son adicciones —afirmó Juan Andrés, intentando equilibrar la conversación.

—Para mí sí lo es —insistí—. La música me permite viajar, expresar lo que el corazón calla. Cada nota es una confesión.

—Me gustaría aprender —dijo Juan Andrés con genuina curiosidad.

—¿A tocar piano?

—Precisamente de eso quería hablar —intervino Emilia con determinación—. He oído que eres excelente estudiante. Quizá podrías ayudarme a nivelarme.

—No es buena idea —se burló Matías—. Ni siquiera tiene tiempo para almorzar.

—Le diré a mamá que envíe al chofer por ti cada tarde. Solo una hora. Necesito presentar exámenes para regresar al colegio —suplicó Emilia.

Todos me miraron, esperando mi respuesta.

—Lo haré... si Matías y Juan también se arriesgan a regresar al colegio —respondí, buscando algo en sus miradas.

—Imposible. Es lo último que deseo —sentenció Matías con firmeza.

—Piénsalo... quizá sea la única forma de salir de aquí —reflexionó Juan Andrés.

Matías permaneció en silencio, atrapado en sus propios demonios, ajeno a la pequeña esperanza que comenzaba a insinuarse en la mesa.

LA ABSTINENCIA

Emilia desplegó su cuaderno sobre la mesa.

—¿Qué vamos a estudiar? —preguntó con una calma que apenas disimulaba la tensión.

—Trigonometría. Es lo que más necesitan repasar —respondí, intentando mantener la compostura.

Matías tomó el cuaderno con manos temblorosas. Intentó escribir, pero los números se deformaban bajo su pulso inestable: trazos desproporcionados, dígitos gigantes que invadían la página. Pasó de una hoja a otra con una obstinación desesperada, hasta que la presencia del enfermero interrumpió su lucha silenciosa.

—Es lo que ocurre cuando la heroína falta —murmuró Emilia con resignación—. Es parte del proceso.

—No te preocupes, otro día lo intentaremos —dije, forzando una sonrisa que no logró ocultar mi angustia.

—¡Yo puedo! —afirmó Matías con determinación frágil.

Volvió a tomar el lápiz.

—Es sencillo... puedo hacerlo.

Pero el lápiz cayó de sus dedos, como si incluso la voluntad lo abandonara.

—Las percepciones se desdibujan... maldita droga —susurró Emilia con rabia contenida.

—No hay que alarmarse —intentó calmar Juan Andrés, aunque su voz traicionaba preocupación.

El enfermero decidió acompañar a Matías fuera de la biblioteca.

Al día siguiente, la oscuridad se abatió sobre él con mayor crudeza. No había dormido. La abstinencia tejía pesadillas despiertas en su mente.

De pronto comenzó a gritarle a las sombras.

—¡Vete!... ¡Infeliz! —aulló, desgarrado.

—Son los demonios —susurraron otros internos, con una familiaridad dolorosa.

Me acerqué.

—Cierra los ojos... déjalo ir —le dije al oído, intentando ser un ancla en su tormenta.

Se aferró a mí con fuerza desesperada.

—Estoy aquí —susurré, rodeándolo con mis brazos, ofreciendo un consuelo frágil.

Pero el murmullo de los otros llenaba la sala como un coro de sufrimiento compartido.

—¡Esto me supera! ¡Llévenlo a psiquiatría! —exclamé, impotente.

—No es buena idea —respondió Juan Andrés—. Lo sedarán durante días.

—Y despertar después es peor —añadió Emilia con un escalofrío.

Los días siguientes fueron un descenso lento. Cuando los sedantes perdían efecto, los gritos volvían. Algunos internos comenzaron a llamarlo “el loco”.

Quise defenderlo. Gritar. Exigir respeto. Pero el miedo —mi vieja sombra— me mantuvo en silencio.

Poco a poco, Matías eligió el mutismo como refugio. Se encerró en su habitación, aislado del mundo. Yo seguí visitándolo, buscando en sus ojos el destello del niño que conocí.

—La tarde está hermosa. Caminemos por el sendero ecológico —intenté un día.

Silencio.

—Cuando todo esto termine, saltaremos en paracaídas —añadí, apelando a su antigua adrenalina.

Nada.

—¡Lo haremos! Te lo juro...

El muro permaneció intacto.

Hasta que una tarde, agotada, decidí romperlo.

—¿Recuerdas? —empecé, temblando—. Desde el día en que elegiste la droga debí decirte la verdad. Fuiste un idiota... un imbécil. ¿Cómo pudiste dejarte devorar por algo que solo destruye?

Silencio.

—Desde ese día dejaste de ser tú. Mientras creías volar, esa droga te robó la sonrisa. Te volvió frágil... insignificante. Y yo callé por miedo a perderte.

Sus ojos se alzaron, heridos.

—Pero escúchame bien —continué, con la voz quebrada—. Idiota o no... te sigo queriendo. Eres importante para mí.

Una sombra de sonrisa cruzó su rostro.

—Contigo aprendí a montar bici, a bailar, a reír de verdad. En todas mis fotos desde los nueve años estás tú.

La nostalgia nos envolvió por un instante.

—¡Nunca lo entenderás! —estalló al fin.

—Explícamelo.

—Cuando te drogas, el tiempo desaparece. No existen recuerdos. No existe dolor. Te vas.

—Yo siento algo parecido cuando toco el piano.

—No es lo mismo —negó con dureza—. Tú puedes dejar el piano. Yo no puedo dejar esto.

—Eso no es cierto...

—Este tratamiento es un infierno. Tú vives en una burbuja.

Respiré hondo.

—Necesito un tiempo fuera —dije al fin.

Su mirada se tensó.

—Saldremos de esto —añadí, intentando sonar firme.

Él me sostuvo la mirada.

—Estamos en tiempo fuera.

—¿Qué?

—No quiero que vuelvas. Vete.

Sentí el golpe como una caída al vacío.

—Si me echas de tu vida, será para siempre —respondí, cansada de sus vaivenes.

—Vete. No quiero volver a verte.

—¿Eso deseas? Me voy. Volveré solo porque el padre de Juan Andrés me pidió que continúe ayudándolo. Pero escucha algo: no puedes quererme un día y expulsarme al siguiente. Esta vez tendrás que enfrentar tus errores solo.

Salí sin mirar atrás.

Y, por primera vez, no supe si estaba huyendo de él... o salvándome a mí misma.

ACEPTANDO LO OBVIO

Regresar a la clínica únicamente para estudiar con Juan Andrés se había convertido en un ejercicio incómodo. Más aún cuando la complicidad entre Matías y Emilia comenzaba a florecer, llevándolos a largas caminatas por el sendero ecológico, a desapariciones que me dejaban con una sensación amarga e inexplicable.

Con el tiempo, una impotencia corrosiva se instaló en mí. Una rabia silenciosa ante la verdad que no quería aceptar: Matías y yo siempre habíamos sido solo amigos.

Noche tras noche, en la penumbra de mi habitación, me interrogaba sin descanso, buscando el origen de ese malestar que me oprimía el pecho. Hasta que la evidencia fue imposible de negar.

Eran celos.

En la cafetería, Matías solía buscar mi mirada. Yo la esquivaba, temerosa de que mis sentimientos quedaran expuestos. Poco a poco, él también comenzó a evitarme, como si el silencio fuera más seguro que cualquier confesión.

Comprendí la complejidad de su mundo la noche en que los padres de Juan Andrés organizaron una cena íntima en la clínica para celebrar su regreso al colegio.

Era viernes. Elegí un vestido verde esmeralda, tejido por mi abuela para ocasiones

especiales. Cuando Matías apareció con un traje negro, sin corbata, su presencia irradiaba un atractivo inquietante, casi peligroso. Lo vi saludar a Juan Andrés y luego dirigirse hacia mí, con la clara intención de sentarse a mi lado.

—Estás preciosa —murmuró.

Lo miré. La calidez de sus ojos deshizo mi promesa de distancia.

Emilia se acercó y apoyó su mano en mi hombro.

—Tayi, Juan Andrés te espera a su lado.

—Tayi se queda aquí —replicó Matías con una firmeza que me sorprendió.

Emilia lo fulminó con la mirada antes de alejarse.

—A veces agota —añadió él, con un cansancio que parecía más profundo que la frase.

—La abuela siempre teje maravillas —continuó, recorriéndome con la mirada—. Ese verde resalta tu belleza... ahora entiendo la obsesión de Juan Andrés.

Sonreí con incredulidad.

—¿Qué te han dado hoy? Rara vez hablas tanto.

—Me vestí así por ti —confesó, bajando apenas la voz—. Quería capturar tu atención. ¿Lo logré?

—Estás muy elegante —respondí, tratando de ocultar el vuelco de mi corazón.

Su mirada se suavizó.

—¿Te sientes cómoda con Emilia? —pregunté, incapaz de esconder el matiz celoso.

—Emilia no está bien. Solo intento ayudarla... quiero ayudarla —repitió, ensombrecido.

—Es buena chica. Harían bonita pareja.

—No lo creo. Dos almas perdidas no forman un refugio.

—Es hermosa.

—Al diablo Emilia —dijo con brusquedad—. ¿Cómo estás tú?

El silencio entre nosotros se volvió eléctrico.

—Necesito un tiempo fuera —susurré.

—¿Tiempo para qué?

—¿Debo saber qué hay entre tú y Juan Andrés?

—Somos amigos —sostuve su mirada con firmeza.

—Ese loco siente algo por ti... lo sé.

—No es cierto.

—Míralo... si las miradas fueran balas, ya me habría aniquilado.

No pude evitar una risa nerviosa.

—De verdad que estás loco.

Se inclinó ligeramente hacia mí.

—Me encanta tu perfume...

—Fue tu regalo de cumpleaños. ¿Lo olvidaste?

La noche avanzó bajo una calma tensa, atravesada por miradas cruzadas y silencios cargados de significado.

Al despedirme, dejé a Matías para el final.

—Gracias. Lo pasé muy bien —dije, inclinándome para besar su mejilla.

Él giró el rostro apenas, buscando mis labios. El gesto quedó suspendido en el aire, cargado de una intimidad que me dejó sin aliento.

—Voy a pensar en ti... como lo he hecho todas estas noches —confesó.

La sorpresa me paralizó.

—Ayúdame —susurró de pronto, apoyando su frente en mi hombro—. Necesito volver a contar contigo. Necesito salir de aquí.

Lo abracé. Bajo el traje elegante seguía estando el niño asustado que alguna vez me defendió en el patio de la academia.

—Haz que esto termine —murmuró.

—Siempre estaré a tu lado —prometí.

Nuestras miradas se encontraron, buscando en el silencio aquello que ninguno se atrevía a nombrar.

Y en ese instante comprendí que, más allá de los celos, de Emilia, de la clínica y de la droga, lo que nos unía era algo más profundo... algo que ni siquiera el miedo había logrado romper.

EL AMOR VERDADERO

Mis visitas a la clínica para estudiar con Juan Andrés continuaron, convertidas casi en un deber ineludible. Sus padres veían en mí un apoyo esencial para su reinserción escolar, y yo aceptaba esa responsabilidad con una mezcla de compromiso y resignación.

Los miércoles y jueves en la biblioteca eran un refugio sereno: el susurro de las páginas al pasar, la luz dorada filtrándose entre los ventanales, el aroma tenue de madera y papel antiguo. Allí, entre fórmulas y fechas subrayadas, todo parecía simple, ordenado, posible.

Hasta que un día, la furia de Matías irrumpió como una tormenta que desgarró el cielo sin previo aviso.

La puerta se abrió con brusquedad. Su presencia alteró el aire, lo volvió denso. Caminó hacia nosotros con pasos firmes, los hombros tensos, la mirada encendida por una mezcla de celos y dolor mal disimulado.

—¿Interrumpo algo importante? —preguntó, aunque su tono dejaba claro que ya había dictado sentencia.

Juan Andrés levantó la vista, sorprendido. Yo sentí un estremecimiento recorrerme

la espalda.

—Estamos estudiando —respondí con suavidad, intentando sostener la calma que él parecía haber perdido.

Matías soltó una sonrisa breve, amarga.

—Claro... estudiando.

Sus ojos buscaron los míos, y en ellos no había rabia pura, sino una herida abierta que sangraba en silencio. Me puse de pie, incapaz de seguir fingiendo indiferencia.

—Tenemos que hablar —susurró, sujetándome las manos con urgencia, intentando apartarme de Juan Andrés

Su contacto fue súbito, casi desesperado. Sus dedos, aún tibios, temblaban alrededor de los míos como si temiera que pudiera desvanecerme en cualquier momento. Sentí la presión de su ansiedad latiendo en sus palmas.

—Matías... —murmuré, mirando de reojo a Juan Andrés, que observaba la escena con una mezcla de desconcierto y prudencia.

—Estamos estudiando... ¿no puede esperar? —protestó Juan Andrés,

—¿Y quién va a impedirlo? ¿Tú? —replicó Matías, desafiando con la mirada, pidiéndome sin palabras que lo siguiera.

—¿Qué te pasa? —pregunté cuando cruzamos la puerta de la biblioteca. Mi molestia ya no era leve, empezaba a doler.

—No puedo dormir —confesó. Su voz se quebró en la última palabra.

—¿Qué te está pasando?

—Te necesito... te necesito conmigo.

La forma en que lo dijo me atravesó el pecho.

—Sabes que siempre voy a estar para ti... ¿o es que ya no quieres verme?

—Soy un idiota —susurró, bajando la mirada—. Siempre lo arruino.

—Siempre vamos a ser amigos —respondí, aunque algo dentro de mí tembló al decirlo.

Matías levantó la vista. Había algo distinto en sus ojos.

—Si no fuera tan débil... habría peleado por ti.

—¿Peleado? —mi voz se tensó—. El castigo me lo has dado tú con tu silencio.

—Nunca fui suficiente para ti —dijo, casi sin aire—. Pensé que podía dejarte ir... que serías más feliz con alguien mejor. Pero no puedo. No puedo verte con otro.

—¿De qué estás hablando?

—Juan Andrés está enamorado de ti. Me lo confesó.

Sentí que el suelo se movía.

—Eso no es cierto.

—Entonces dime... ¿qué sientes por él?

—Nada. Solo somos amigos.

Matías dio un paso más cerca.

—¿Y por mí?... ¿qué sientes por mí?

No pude responder. Mis ojos hablaban por mí.

—Respóndeme —susurró, acariciando mi mejilla con una ternura que me dejó sin defensa.

Aparté su mano, aunque me dolió hacerlo.

—No sigas... voy a hablar con la terapeuta. Cada vez estás peor.

—Tengo miedo —confesó—. No quiero perderte.

Se acercó tanto que pude sentir su respiración en mis labios. El mundo se volvió pequeño. Solo él y ese latido descontrolado en mi pecho.

—Elige —susurró—. Juan Andrés o yo.

—No me hagas esto...

—Te necesito.

Rozó mis labios. Fue apenas un roce, pero encendió todo. Las mariposas explotaron en mi estómago, mezclando deseo, miedo y una nostalgia que no sabía que existía.

—Muero de celos —dijo antes de besarme con una dulzura que me desarmó—. Había olvidado cuánto necesitaba tus besos.

Me aferré a él. No supe si era amor, costumbre o miedo a perderlo. Tal vez todo al mismo tiempo.

El silencio entre nosotros dejó de ser incómodo. Se volvió promesa.

—Eso significa que te quedas conmigo —murmuró junto a mi oído.

Y por un segundo... quise creer que el amor podía salvarlo.

Desde ese día, mis visitas a la clínica dejaron de ser rutina y se convirtieron en una búsqueda silenciosa de nosotros. Nos encontrábamos en los rincones olvidados de la biblioteca, en la intimidad del sendero ecológico, bajo la sombra cómplice de los árboles. Robábamos minutos al mundo, construyendo pequeños refugios donde solo existíamos él y yo.

Con el tiempo inventamos códigos secretos: miradas que lo decían todo, gestos apenas perceptibles, señales disfrazadas de casualidad. Nuestro lenguaje nació entre susurros y silencios compartidos, un diálogo atrevido que incluso florecía en la cafetería, bajo la mirada curiosa de Juan Andrés y Emilia.

Ya no intentábamos luchar contra lo que sentíamos. Dejamos de forzar explicaciones, de buscar razones. Simplemente permitimos que el sentimiento nos guiara, que nuestras manos se encontraran sin miedo, que nuestras miradas se quedaran un segundo más de lo permitido.

Y así, sin promesas, comenzamos a tejer una realidad distinta, hecha de instantes

robados y un amor que crecía en secreto, como una llama pequeña que se niega a apagarse.

¿PARA SIEMPRE?

Nuestra relación persistió como un hilo invisible que se negaba a romperse, incluso después de que Matías dejara la clínica. Para todos, era un enigma. Él apenas hallaba breves resquicios entre las estrictas decisiones de su madre y sus escapadas con amigos; yo, en cambio, vivía entre conciertos y viajes, muchas veces lejos de la ciudad.

Vernos se volvió un acontecimiento raro, casi milagroso. Pero cuando ocurría, el tiempo parecía rendirse ante nosotros. El mundo se detenía, y cualquier lugar —la penumbra de un cine, la quietud de su casa, el abrazo tibio en el hogar de mi abuela— se transformaba en un santuario íntimo.

Vivíamos de un amor callado, hecho de miradas largas y silencios que lo decían todo. Éramos dos almas que se reconocían en cada gesto, en cada respiración compartida, en cada deseo apenas pronunciado. ¿Podía la distancia sembrar dudas donde existía tanta certeza? Afuera, el mundo aguardaba nuestro fracaso. Sus padres y mi abuela observaban con escepticismo, incapaces de comprender la

extraña alquimia que unía a dos corazones tan distintos... y, sin embargo, tan profundamente entrelazados.

Las fiestas en casa de Matías se volvieron habituales; sus padres, ausentes por largos periodos, lo dejaban a merced de la soledad y la tentación. Mis visitas eran esporádicas, a menudo coincidiendo con mis escasos días libres. No sé qué me llevó a ir aquel último sábado del mes; quizás mi inconsciente anhelaba la música, las luces, la efímera conexión con otros, la necesidad adolescente de aventura y desorden, el deseo visceral de bailar descalza, sintiendo la música vibrar hasta la médula, olvidándolo todo.

Sin embargo, en medio del torbellino de drogas, Matías y yo éramos un pacto de sobriedad, nuestra promesa, nuestra frontera. Pero esa noche se quebró. El último recuerdo nítido es bajar las escaleras, cruzar la puerta y encontrarme en la calle, descalza, con la piel erizada de sudor frío. Huía de la imagen de Matías inyectándose heroína, con Emilia como cómplice silenciosa. ¿Cuántas veces había cruzado esa línea? Un llanto desgarrador me sacudió.

—¿Qué pasó? —dijo alguien, con la voz cargada de preocupación.

Intenté hablar, pero las palabras se deshicieron en mi boca. Solo salieron lágrimas, temblor y un sonido roto.

Entonces Matías apareció. No caminaba: parecía flotar, pálido, deshecho, con la mirada vacía de quien ya ha empezado a desaparecer.

—¡Eres un estúpido! —le grité, y mi mano chocó contra su pecho con rabia, no para herirlo, sino para sacudirlo, para obligarlo a sentir lo que yo sentía.

—Perdóname —susurró.—¡Se acabó! —respondí, con rabia contenida.

Sus brazos me rodearon con fuerza, no para retenerme, sino como quien intenta sostener lo único que le queda.

—No me dejes —murmuró contra mi cabello, aferrándose a mí como si yo fuera su último refugio.

Logré soltarme, con el corazón latiendo a mil. Corrí buscando mis zapatos, buscando aire, buscando algo que me devolviera la claridad. Matías y Juan Andrés me seguían con pasos apresurados detrás de mí.

—¡Si te vas, me muero! —gritó Matías, y en su voz sentí un miedo profundo—. Por favor... te lo ruego —añadió, deteniéndome por un instante, con los ojos llenos de lágrimas.

Por primera vez, con una firmeza que no sabía que poseía, le exigí que me soltara. Juan Andrés se unió a mi súplica. Matías se aferró, ciego a mi dolor, hasta que un susurro de Emilia en su oído lo hizo ceder, y Juan Andrés se ofreció a llevarme lejos de aquel infierno.

LA ABUELA

Decidí no perdonarlo. A pesar de mi firmeza, Matías persistió: llamaba, enviaba mensajes e incluso me esperaba a la salida del colegio y de la academia. Nada lo hizo desistir; mi decisión era inquebrantable.

Un mes después, volvió a aparecer en la calle, esta vez acompañado por Emilia. Mi abuela, con su aguda percepción, notó la tristeza que comenzaba a invadirme. Estaba distraída, y mi aspecto físico se había deteriorado visiblemente.

—¿Te has visto últimamente? —preguntó, observando mis uñas mordidas y los cuadernos que se me caían de las manos mientras estudiaba. Ella siempre había tenido la habilidad de percibir todo lo que me rodeaba, incluso mis miedos más escondidos.

—Mmm... no he tenido tiempo para arreglarme —respondí, intentando ocultar mis manos y la angustia que me consumía.

—¿Es por Matías?

Guardé silencio, temiendo abrir la puerta a un dolor que me calaba hasta los huesos. No quería contagiarla con esa pena. Ella, con su mirada luminosa, su integridad y su tenacidad, me había enseñado a enfrentar adversidades y a comprender que, con disciplina y responsabilidad, todo se puede lograr.

—No puedes destruirte por él —añadió—.

Quise decirle que esta vez sus consejos no me servían, pero ni siquiera pude mirarla a los ojos. No valía la pena derrumbarla ni lastimar su dulce corazón, así que preferí callar.

—Concéntrate en tu vida. No puedes salvar a quien no quiere ser salvado —insistió, notando mi silencio doloroso, y dio por terminada la conversación.

Mi madre delegó por completo mi cuidado a mis abuelos. Nunca estaba en casa, y cuando regresaba lo hacía cargada de ilusiones; aunque con mayor frecuencia volvía destrozada, consumida por el dolor de una vida errante. Me ilusionaba pensar que era azafata; ella insinuaba con frecuencia cuánto le gustaba conocer el mundo. Pero con el tiempo descubrí la verdad: su visión pacifista y su rechazo a las normas sociales la habían alejado de sus responsabilidades, dejándose llevar por las drogas y la promiscuidad, elementos que siempre marcaron el sinsentido de su existencia.

LA NADA

Una noche, la silueta de dos jóvenes frente a mi casa detuvo mi camino. Apresuré el paso, y la luz reveló los rostros de Matías y Emilia.

Matías me miró con dulzura; Emilia apenas alzó los ojos, como si la niebla de su mente dificultara reconocerme.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, sorprendida. Él intentó apartarme, como si su presencia fuera una vergüenza que debía ocultar.

—Es Emilia... necesito que llames a la clínica. No puedo seguir haciéndome cargo —su voz era un hilo de desesperación.

—¿Qué ha ocurrido?

—Han sido días de infierno. La búsqueda de comida, de droga, de cualquier sustento es una batalla constante. Ayúdame, por favor, llama a la clínica para que vengan por ella.

—¿Y tú?

Matías inclinó la cabeza, la culpa escrita en cada línea de su cuerpo.

—Antes, déjame buscar algo de comer en casa —dije con una ternura involuntaria, un vestigio de afecto que aún luchaba por extinguirse.

Corrí a la cocina, el corazón latiendo con urgencia. Encontré algo en la nevera y volví sobre mis pasos. Matías devoró el sándwich que preparé apresuradamente, la ansiedad reflejada en cada bocado.

—Llama ahora a la clínica —insistió—, pero dame tiempo para desaparecer un poco.

—¿Vas a dejarme sola con Emilia? ¡Imposible, no puedo con ella! —mi voz era un grito de impotencia.

—Ya veré cómo lo arreglo —añadió, aferrándose a mí, buscando consuelo.

—Te he extrañado —susurró al oído, una mentira que dolía como verdad.

—No te creo... ¡te has ido con Emilia! —acusé, el resentimiento punzando. Emilia se irguió, con una sonrisa amarga en los labios.

—Sigues igual de insignificante y fea —escupió, sus ojos inyectados de rabia fría.

La ignoré; la fragilidad de su estado era palpable, apenas se mantenía en pie, víctima de un letargo tóxico.

—¿Qué ha consumido? —pregunté, mezclando preocupación con asco.

—Lo más barato... estos días han sido una pesadilla —respondió Matías, su voz apagada.

—Eres fea, Tayi... —repitió Emilia, como un disco rayado.

—No le hagas caso, me ha dicho que te odia —mintió Matías, intentando

manipular la situación.

—¿Me odia?

—Dice que nunca ha dejado de quererme... Pero tú lo sabes... ¡mis ojos solo te ven a ti!

—Lo nuestro terminó, elegiste la droga.

—No puedo arrancarte de mi mente, no importa lo que consuma —añadió, suplicante.

—No te creo, tu único amor es esa maldita droga.

—Me quedo... solo si vuelves conmigo —susurró Matías, aferrándose a una ilusión.

—¡Vámonos! —gritó Emilia, con una histeria desgarradora.

Mi abuela irrumpió en la calle, sus pasos apresurados resonando como golpes en mi pecho. Matías se desplomó a sus pies, temblando como un niño atrapado en la tormenta, buscando su abrazo como si fuera el último refugio del mundo. Emilia seguía gritando, un sonido desgarrador que se mezclaba con los ladridos de perros y los murmullos alarmados de los vecinos, un lamento que parecía arrancar el aire mismo de la noche.

Con movimientos torpes y erráticos, Emilia intentó escapar, pero el mundo parecía desmoronarse a su alrededor. Cruzó la calle sin mirar, ignorando los coches que rugían a su paso. De pronto, un coche apareció como un monstruo metálico emergiendo de la oscuridad. El chirrido de los frenos, el golpe seco contra el poste, el crujido de la carrocería... todo explotó en un instante que pareció detener el tiempo.

El cuerpo de Emilia quedó suspendido entre la vida y la muerte, una marioneta rota por el impacto. Su respiración temblaba entre alucinaciones y dolor, mientras sus ojos buscaban algo conocido que ya no encontraba. Matías corrió hacia ella, gritando su nombre hasta que la garganta se le llenó de lágrimas. La desesperación le arrancaba el aire; su mundo entero se había reducido a aquel cuerpo vulnerable y a la culpa que lo devoraba por dentro.

Llegué segundos después, con el corazón latiendo a mil, las piernas temblando, y una sensación de vacío recorriéndome hasta los huesos. A mi alrededor, los

enfermeros, la terapeuta y la madre de Emilia se abalanzaron sobre la escena, pero nada parecía suficiente. El olor a caucho quemado, a sangre y a miedo saturaba el aire, mezclándose con los gritos y los sollozos, haciendo que la realidad doliera en cada poro de mi piel.

Matías la sostuvo entre sus brazos, su cuerpo rígido, sus lágrimas cayendo sobre el cabello de Emilia. Sus ojos, por primera vez, reflejaban un terror absoluto, la certeza de que la vida podía perderse en un instante y que nada volvería a ser igual. Todo el mundo desapareció a su alrededor; solo existíamos él, ella y el instante suspendido entre la vida y la muerte.

La imagen se grabó a fuego en mi memoria: el reflejo del dolor puro en los ojos de su madre al contemplar a su hija, destrozada por heridas visibles e invisibles. Recordé la fragilidad de Emilia en la clínica, sus noches de soledad, la tortura de su tristeza, sus ojos vacíos, perdidos en la melancolía que la consumía lentamente. Nunca sabíamos si su mente estaba presente o si solo su angustia nos acompañaba. A veces, una sonrisa forzada intentaba encender una chispa de esperanza; otros días, su sarcasmo y arrogancia eran un escudo punzante, hiriendo con palabras afiladas. Sufría, además, de un trastorno bipolar exacerbado por su precoz adicción.

Tantos pensamientos me asaltaron que solo fui consciente de Matías cuando los enfermeros levantaron el cuerpo inerte de Emilia. Lo busqué con la mirada y descubrí que se había esfumado de nuevo, indiferente a la honda preocupación de mi abuela, que me llamaba con angustia.

CREANDO EL FIN

Me acerqué al ataúd de Emilia. No sé si alguien más lo notó, pero en su rostro percibí una especie de satisfacción cruel, una provocación silenciosa que desafiaba mi tranquilidad. Deseé poder retroceder el tiempo, gritarle todo el dolor que su ausencia me producía. Me sentí culpable, estúpida, cobarde... incapaz de decirle lo que sentía mientras estaba viva.

Alrededor, los sollozos se mezclaban con palabras de admiración por su existencia, palabras que quizás jamás le habría expresado. Vi a la terapeuta de Emilia en un rincón, observándome. Necesitaba respuestas.

—Buenas noches, doctora —susurré, con la voz quebrada.

—¿Cómo vas, Martina? —respondió ella, con su calma profesional, aunque cargada de empatía.

—Abatida —confesé, incapaz de contener la tristeza.

—Me gusta que te hayas sentando a mi lado. Debes saber que lo de Emilia fue un acto suicida habitualmente son personas que se exponen voluntariamente de forma regular a situaciones peligrosas situaciones extremas, suelen involucrarse en deportes de riesgo o conductas que deterioren su salud. La miré sin comprender del todo.

—Cuando transmiten amenazas, significa que ya han creado un plan, que el suicidio está presente en su mente para un futuro cercano.

—¿Eso le ocurrió a Emilia? —pregunte angustiada.

—Era una chica muy lista, llevábamos un buen proceso terapéutico, asistía a la terapia, tomaba juiciosa los medicamentos y participaba de la terapia hablada, en ocasiones se negaba a salir de mi oficina, solía rogarme que la ayudara a detener cada pensamiento que pasaba por su mente. Tratamos de hacer juntas hasta lo imposible, sin embargo, ese deseo de ponerle fin a su vida siempre lo tuvo latente, fueron muchas cosas, no solo, el tema familiar, la depresión, y sus desórdenes mentales lo que deterioro su salud mental, fue la suma que se desencadeno un tumor canceroso.

La miré desolada, sintiendo que las palabras me ahogaban

—Los terapeutas tratamos de actuar como cirujanos: hacemos todo lo que podemos, pero si el tumor depresivo está avanzado, a veces la cura se vuelve imposible.

—Cuando la luz de la esperanza se apaga, todo se vuelve oscuro —susurré, con lágrimas silenciosas

—. Por eso te suplico que ayudes a Matías y a Juan Andrés. Tú puedes... eres equilibrada, fuerte.- refuto ella

—¿Quizás podría haber hecho más por ella? —pregunté, dejando que las lágrimas cayeran.

—No es culpa de nadie. Si buscas un culpable, búscalo en la droga... es una víbora mortal —respondió con firmeza.

No pude asistir al funeral de Emilia. Ese mismo día, Matías fue encontrado en un suburbio de la ciudad. Solo llegué dos horas después de que su madre me llamara. Salir de casa fue un acto de resistencia: la abuela se interpuso con su habitual razonamiento sobre nuestra relación. Sabía que Matías siempre intentaría escapar de su realidad a través de la adicción, y era imposible prever una recaída.

Al llegar a la clínica, su madre estaba a punto de subir a su auto con la frialdad calculadora que siempre la caracterizó. Me mordí los labios, deseando gritarle que su egoísmo y su insensible arrogancia eran responsables de tanto dolor, pero nuevamente elegí callar.

Antes de ingresar, lo vi a través de una ventana. Allí estaba, un niño atrapado en el cuerpo de un hombre, demacrado, flaco, su piel marcada por el sol y la suciedad. Apenas se distinguía el color de su chaqueta, y un hedor intenso emanaba de él, evidenciando los días que había permanecido lejos de casa..

—¿Cómo te fue en tu viaje? —pregunté, con ironía..

Matías no respondió. Me senté a su lado, tomando sus manos, tratando de darles calor.

—¡Todo estará bien! —dije, aunque sabías que mis propias palabras sonaban huecas.

Los moretones en su piel contaban una historia que no necesitaba palabras: los “viajes al infinito” evidenciaban que había perdido de nuevo el control. Nunca hubo cura, ni palabra mágica que lo rescatara del abismo.

—Necesito que me ayudes —susurró con desesperación.

—Es lo que hago —respondí, apretando su mano.

—Debo salir de aquí... —añadió angustia..

—¡No debes! —exclamé, atrapando su mirada.

—¡Debo salir! —gritó, colérico, impulsivo. Intenté ignorarlo, pero su urgencia era imposible de eludir.

—¡Ya vienen por mí! —afirmó, golpeando los barrotes de las sillas contra su cabeza.

—¡Basta, no sigas! —grité, temiendo que se hiriera como en otras ocasiones, sintiendo que cada golpe suyo era un dolor que me atravesaba el pecho. Corrí hacia él, como si mis brazos pudieran contener no solo su cuerpo, sino también su tormento, su miedo y su soledad.

Los enfermeros se acercaron, intentando internarlo, pero mi mirada no los soltaba; no podía dejar que se lo llevaran sin más.

—Estará bien —expresó uno de ellos con calma, pero yo lo miré desolada; esas palabras habían sido siempre una mentira disfrazada de consuelo. Cada tratamiento era para Matías un roce con la muerte, y yo sentía cómo mi corazón se quebraba junto al suyo, atrapado entre la impotencia y el amor desesperado que lo unía a mí.

Quise gritarle que no podía perderlo, que cada aliento suyo era mío, que cada mirada apagada era un fuego que amenazaba con consumirme. Pero las palabras se me ahogaron en la garganta, y solo pude estrechar sus manos, rogándole con cada latido que resistiera, que no me dejara sola en ese abismo.

CUANDO OSCURECE

Esa noche, el dolor me azotó al llegar a casa como un huracán silencioso. Me refugié en mi sillón favorito, con la vana intención de estudiar para los exámenes finales, ese último escalón antes de la graduación, pero la mente estaba atrapada en él, en Matías, en su caída interminable. La mañana me encontró aún allí, con la conciencia punzante de no haber abierto un libro. Cada pregunta del examen se desvanecía ante la imagen de su rostro demacrado, y la concentración se evaporó, reemplazada por un peso en el pecho que me ahogaba con cada recuerdo de sus caídas.

Antes de cruzar el umbral de mi casa, se me ocurrieron un par de mentiras para justificar otra visita, pero la necesidad se disipó ante la inesperada sugerencia de mi abuela. Fue un alivio; detestaba engañarla. Sin embargo, al llegar a la clínica, Juan Andrés me informó que la recuperación de Matías sería un camino tortuoso. Su mente ansiaba drogas, y ese ansia lo convertía en un peligro para sí mismo y para los demás posiblemente al despertar de la sedación, obligándolos a inmovilizarlo. Una oleada de compasión me recorrió, un dolor silencioso que se aferraba a mi pecho, como si cada latido me recordara que podía perderlo.

Juan Andrés me ofreció lápiz y papel, sugiriendo le escribiera una nota. Busqué un rincón apartado, con la mente en blanco ante la misión imposible de alcanzar su abismo con palabras. ¿Qué podía decirle que atravesara el muro de su apatía? Cada frase parecía insuficiente, cada palabra demasiado frágil frente al caos que habitaba en él. Me odié por mi inutilidad, por no encontrar la manera de tocarlo, de rescatarlo aunque solo fuera por un instante.

Los días siguientes se convirtieron en un laberinto de excusas para evitar la clínica. Cada visita era un riesgo; odiaba la manipulación que encontraban en sus ojos, la indiferencia hacia su propia existencia, el eco vacío de promesas rotas, la traición silenciosa de cada juramento compartido. Y aun así, ninguna excusa podía romper aquel hilo invisible que nos unía desde la infancia: *“Si un lado del puente cae, el otro también”*. Porque en lo más profundo de mí, sabía que si él se derrumbaba, una parte de mí caería con él, arrastrada por un amor silencioso, desesperado y demasiado grande para ignorarlo, un amor que se sostenía solo de la fe en que algún día podría salvarlo.

LA DEPRESIÓN

Era un viernes por la tarde, y la impaciencia de mis compañeros se respiraba en cada suspiro de la sala. El reloj parecía burlarse de mí, estirando los segundos, mientras mi corazón latía acelerado, consciente de lo que me esperaba.

Decidí romper el aislamiento de mi cuarto y regresar a la clínica un par de días después. El psiquiatra, con una mirada que mezclaba comprensión y advertencia, me animó a entrar a la habitación de Matías, un pozo oscuro donde la depresión se había instalado como dueño absoluto. A pesar del prestigio del lugar, jamás pude domesticar el hedor que impregnaba la estancia, ni los gritos que parecían surgir de un abismo donde las almas torturadas clamaban por un rescate imposible. La luz apenas se filtraba por una ventana enrejada, bañando la habitación en sombras que bailaban sobre la cama angosta y un asiento de madera.

Cuando lo encontré, mi corazón se rompió. Sentado y atado, parecía un animal enjaulado, furioso y abandonado. Taciturno, ausente, la cabeza rapada y sus manos marcadas por cicatrices, su piel un mapa cruel de sufrimiento.

—Está más silencioso que nunca —susurró el enfermero, casi temiendo perturbar la quietud opresiva.

—¿Cómo sigue? —pregunté, buscando desesperadamente sus ojos, intentando encontrar en ellos alguna chispa de ese niño que conocí.

Matías me ignoró, perdido en un vacío que parecía tragarse su esencia.

—¡Me quedaré contigo! —afirmé, acariciando las cicatrices de sus manos, como si pudiera transmitirle un poco de calor y calma. Pero retiró sus manos con brusquedad, como si mi tacto le quemara.

—Déjame ayudarte, como siempre lo he hecho —susurré, apenas audible. Entonces, lo vi morderse los dedos, un acto silencioso de autodestrucción que me desgarró el alma.

—No quiero que te lastimes más... —dije, la voz temblando, intentando detener su tormenta.

De repente, Matías se abalanzó sobre mí con la fuerza de una desesperación contenida. El enfermero reaccionó de inmediato, sujetándolo entre sus brazos, pero su furia se desvió, y su saliva golpeó mi rostro, un rechazo que me dolió hasta lo más profundo.

—¿Qué hice? —pregunté, el desconsuelo ahogando mi voz, con una mezcla de dolor y un amor que me quemaba por dentro. Un grito desgarrador escapó de Matías, un aullido que resonó en la habitación como un lamento de dolor puro y devastación.

El enfermero me indicó que saliera, pero seguí escuchando sus gritos apagados tras los muros, sintiendo cómo cada gemido me atravesaba el pecho, recordándome que su sufrimiento era mío también.

El domingo, su madre me citó en la clínica. Lo encontré en la sala de visitas familiar, y aunque su mirada estaba severa, supe que esperaba que me acercara. Solo cuando su gesto imperioso indicó que podía hacerlo, me senté frente a él, intentando que mi presencia le ofreciera algo de consuelo.

Dos días después lo encontré sentado en un banco del parque de la clínica, sumido en una contemplación que parecía un muro impenetrable.

—No quiero hablar —dijo al percibirme, su voz apagada, cargada de una soledad que me dolía en lo más profundo.

—¿Qué hice mal? —pregunté, mis ojos fijos en la tristeza que nublaba los suyos. Matías me ignoró, y mi corazón se rompió un poco más.

—¿Vas a ignorarme? —añadí, con la frustración creciendo—. Entonces... no voy a malgastar mi tiempo... ¡me voy! —me levanté, intentando ocultar el temblor que sentía en el cuerpo y en el alma.

—No te vayas... —su voz me detuvo, sus manos aferrándose a las mías—. No quiero perderte de nuevo... solo que... ¡odio este lugar!

—¡Es mejor que morir en tu infierno! —exclamé, clavando mi mirada en la suya—. Mi infierno es preferible a este mundo caótico.

—¿Te rendiste? —preguntó con incredulidad, mientras sus manos apretaban las mías con desesperación.

—Si el puente se cae, los dos nos hundimos —susurró, y por un instante, sentí que mi corazón se quebraba y se unía al suyo en ese pacto silencioso.

Me senté nuevamente a su lado. Matías apoyó su cabeza rapada en mi hombro, y acaricié sus manos, buscando un hilo de conexión, un refugio en medio del caos que lo devoraba.

—¡Los demonios no me dejan en paz! —dijo, su voz un rugido de angustia contenida.

—Déjalos ir... ¡Vuelve conmigo! —imploré, con el corazón en la garganta—. ¡Nadie podrá ocupar tu lugar!

Se levantó de golpe, lanzando patadas al aire con una furia que era miedo y dolor entrelazados.

—¡Basta! —grité, temblando, mi voz un eco de desesperación y amor—.

—No quieren irse...

—¡Déjalo! —dije, dejando que mi amor, más que mi miedo, guiara mis palabras.

Matías vivía en un laberinto de paranoias, un eco persistente de su adicción, y aun así, supe que, aunque el mundo entero lo abandonara, yo permanecería a su lado.

—Abrázame fuerte, me quieren llevar —susurró, buscando refugio en mis brazos. Y lo abracé, con todas las fuerzas de un corazón que ya no podía soportar perderlo. Lo acuné hasta que la fatiga lo venció y, finalmente, su respiración se hizo lenta y serena, mientras dormía rendido, aferrado a mi calor.

—¿Lo notas más psicótico que nunca? —pregunté al enfermero, con la voz cargada de inquietud y una ternura desesperada.

—Está empezando a perder el control... la paranoia se vuelve incontrolable —respondió, y en mi pecho solo quedó un amor infinito que no podía protegerlo del mundo, pero sí abrazarlo de la manera más humana posible.

LA VIDA NUNCA VOLVIÓ A SER IGUAL

Era una tarde gris, oscura y lluviosa cuando llegué tarde a la clínica de rehabilitación, arrastrando el peso de mis responsabilidades y el tráfico espeso de la ciudad. Juan Andrés había conseguido un permiso breve para salir; soñábamos con una tarde tranquila en su casa, un pequeño respiro antes del anochecer. Pero la esperanza se deshizo como la lluvia contra el asfalto.

Matías seguía atrapado en su paranoia y su letargo, y la tragedia nos golpeó al regresar: huyó hacia la oscuridad, hacia ese refugio tóxico donde la droga lo esperaba con los brazos abiertos.

Juan y yo lo seguimos hasta aquel lugar sórdido. Allí consumió la sustancia que terminó de arrebatarse la conciencia, hundiéndolo en un sueño del que no despertó.

Las drogas irrumpen en el cerebro como ladrones silenciosos. Alteran el delicado equilibrio de las neuronas, saturan los espacios donde viajan los impulsos, engañan a los mensajeros químicos que regulan el placer y la voluntad. La cocaína bloquea la recaptación de neurotransmisores, inundando el sistema; las anfetaminas fuerzan liberaciones artificiales, rompiendo el ritmo natural del cuerpo. En pocas palabras, asaltaron la mente de Matías y la dejaron devastada, suspendida en un abismo sin retorno.

Durante meses interminables regresé cada tarde a la clínica, esa frontera entre la vida y la ausencia de la que él nunca salió. Su coma era una prisión silenciosa. Mis lágrimas se convirtieron en plegarias mudas, intentando alcanzarlo allí donde yo no podía entrar.

Dos años después, la decisión final pendía sobre su madre: desconectarlo. Un último hilo de esperanza la empujaba a pensar en un milagro en otro país, pero el riesgo era inminente. Se aferraba a la negación, como siempre se aferró al control, incapaz de soltarlo... incapaz de amarlo sin condiciones. Y él permanecía inmóvil, como si esperara, incluso en ese silencio profundo, aquello que nunca recibió en

vida.

Mi dolor tocó fondo. Muchas noches busqué refugio en los brazos de mi abuela, como cuando era niña. Con el tiempo comprendí algo amargo: desde que cayó en la droga, Matías solo intentó llenar un vacío imposible. Tal vez quiso volver. Tal vez luchó. Pero la ausencia de amor, las malas decisiones y sus propios demonios lo fueron apagando.

Juan Andrés, en cambio, encontró el camino de regreso. Lo sostuvo su familia, sus sueños, su voluntad de elegir distinto.

La sonrisa esquiva y la mirada profunda de Matías, su nobleza frágil y su ternura fugaz, me persiguen todavía, como un fantasma dulce que se refugia en mis recuerdos, sobre todo en los días grises y lluviosos. Cada gota de lluvia me recuerda su voz, su aliento, sus manos temblorosas buscando las mías.

Por eso llevo siempre un paraguas. La abuela siempre lo dice "la vida sin paraguas es pura intemperie, un mundo donde la tormenta nos desnuda hasta el alma, y que cada quien debe encontrar el suyo"

El mío es la música.

Bajo sus notas aprendí que no puedo salvar a quien no quiere quedarse, pero sí puedo salvarme a mí misma. Que el amor más intenso no siempre protege, no siempre cura, pero puede enseñarte a resistir, a abrazar la fragilidad y la pérdida sin rendirte.

Y mientras el piano siga sonando, Matías no será solo ausencia: será memoria, será historia, será cada lluvia que golpea mi ventana recordándome que amé con todo, que dolí con todo, y que aprendí a respirar incluso en el caos. Será el latido secreto de un corazón que nunca dejó de esperar, que me enseñó que, incluso en la tormenta, se puede seguir adelante.